

Autor: Abilio Ayuso

JEHOVÁ

Ilustrador Ronny Bravo



La biblia nos dice que tarde o temprano Jehová volverá a la Tierra para juzgar a toda la humanidad, pero ya casi han transcurrido dos milenios desde que Jesús abandonó nuestro mundo y ello no ha ocurrido. Pero ¿Que sucedería si ese regreso acaece dentro de algunos milenios mas? Este breve relato de ciencia ficción nos da una posible respuesta.

Hay inventos casuales que pueden cambiar el mundo, en la década del año dos mil trescientos, nacieron dos de ellos. Es posible que, si sus descubridores hubieran intentado patentarlos o conseguir beneficio comercial a cambio, ninguno de ambos hubiera visto la luz, o por lo menos no hubieran estado al alcance del gran público, pero en lugar de ello, lanzaron la idea a la red global, incluyendo una forma sencilla de construirlos, y aquello era imparable, aunque algunos gobiernos lo intentaron, ocurrió como bien dice el refrán: Que no se le pueden poner puertas al campo.

El primero nació casi como un juguete, en aquel tiempo estaban de moda las gafas retro, a pesar de que en realidad hacía tiempo que nadie las necesitaba por cuestión óptica, se habían convertido en un artilugio, que aunque aparentemente inútil, contenía infinidad de aplicaciones electrónicas, algunas eran en realidad un televisor en tres dimensiones, otras un teléfono de videoconferencia, otras contenían sofisticados ordenadores con las aplicaciones más variadas, entrenamiento personal, cultura, ocio, vigilancia y alerta, guía, y las más normales contenían todo eso y lo que a su propietario se le pudiera ocurrir.

La idea lanzada era que, con unos sencillos retoques al alcance de cualquier aficionado a la electrónica, aquellas gafas se podían convertir en un aparato que permitía ver con toda claridad el aura de las personas.

Lo que en principio parecía un juego más o menos inocente, pronto alteró el orden mundial. No tardaron en surgir tratados que explicaban el significado de los colores e incluso aplicaciones informáticas que directamente delataban con claridad la clase de individuo que tenías delante.

Pronto ocurrió que aquel que no disponía del artilugio, iba por la vida como si tratara de jugar a la petanca con los ojos vendados.

En poco tiempo, solo un mínimo grupillo de recalcitrantes no lo usaban.

Automáticamente las personas perversas o traidoras se vieron arrinconadas sin tener donde esconderse, porque eran rechazados no solo por la buena gente, sino por los de su misma condición que intentaban también rodearse de personas fiables, aunque sin acabar de conseguirlo.

Era como si todo el mundo llevara el alma al desnudo. Ningún partido político tenía la más mínima posibilidad de gobernar si sus líderes no tenían un aura limpia. Ninguna empresa podía soñar en cerrar una negociación importante si quienes la dirigían no presentaban un aura inmaculada.

Eso generó una verdadera carrera para localizar y contratar verdaderos santos y ponerlos al frente de partidos políticos, empresas, asociaciones, Etc., aunque solo fuera nominalmente.

El problema fue que una vez aquellas personas justas tuvieron el mando, no aceptaron que les dirigieran unos segundones con el aura más sucia que un lodazal.

Sin poderlo evitar, la pirámide del mando en todos los sectores se fue limpiando. A los infames les quedaba un reducto, las posesiones materiales, el poder económico, pero unas leyes más justas fueron también laminando implacablemente aquella torre de marfil.

No solo fue el ámbito del poder el afectado, sino todos los sectores de la vida cotidiana, nadie podía mentir, sin ser descubierto.

Aunque el matrimonio había sido abolido hacía más de un siglo, por considerarse inmoral mezclar contratos con temas de amor, existían relaciones fijas de pareja que, aunque sin compromiso formal alguno, se habían prometido fidelidad, pero el nuevo juguete descubría de inmediato a quienes no cumplían su promesa.

Asimismo, al escoger pareja era imposible equivocarse. A las personas de aura sucia no las querían ni quienes eran como ellos, ni tampoco podían obtener fácilmente la obligatoria licencia para tener hijos, que les era denegada con cualquier excusa.

Los juicios se convirtieron rápidamente en puro trámite, de inmediato se sabía quién era culpable y quién no, a los ladrones y sinvergüenzas se les descubría antes de que cometieran la falta.

Las personas ruines, poco a poco se fueron viendo marginadas. Llegaron a crearse centros de reeducación espiritual de asistencia voluntaria, a los que tarde o temprano, todos ellos acababan acudiendo desesperados ya que se había producido un verdadero apartheid, no en función de razas, ni cultura ni inteligencia, sino de la bondad o maldad de las personas.

Con gobiernos justos y transparentes, sin posibilidad de que especuladores ni corruptos pudieran drenar el bien común, la humanidad experimentó en pocas décadas un avance social y un bienestar impensables.

El segundo juguete, igualmente fácil de fabricar, se podía conectar a un televisor mural holográfico, a unas gafas o a cualquier aparato con imagen y sonido, y su función permitía ni más ni menos que ver el pasado.

Cualquier cosa que hubiera sucedido en el mundo, podía visualizarse e incluso oírse con detalle.

Aquello fue una auténtica revolución, de repente toda la industria del ocio pareció colapsarse, a nadie le interesaban ficciones, cuando tenía a su alcance una realidad mucho más interesante y que en la mayoría de los casos superaba toda fantasía que los guionistas hubieran podido imaginar.

Pero no quebró tal como los agoreros pronosticaban, ya que estaban acostumbrados a adaptarse rápidamente a modas y tendencias, por tanto, supieron contraatacar con rapidez.

Sus anuncios decían: “Si usted quiere visualizar lo más importante de la vida de Jesucristo, tardará con suerte unos tres años en localizar los lugares y momentos donde se produjeron los hechos más importantes, pero nosotros se los proporcionamos en tres minutos a un módico precio”.

Así comenzaron a surgir packs de todo tipo: Misterios sin resolver, asesinatos no esclarecidos, vida en tiempo de los dinosaurios, antiguas visitas de extraterrestres, corrupción política, la verdad acerca de las religiones, guerras, masacres, torturas, violaciones, desenfreno en el Imperio Romano, perversión en Sodoma y Gomorra.

Si no encuentra lo que busca, solicítelo y en un máximo de tres días le garantizamos que tendrá listo su pack, además con la traducción exacta de todo aquello que se diga o escriba.

Y, por último, el colmo, en entregas semanales, la auténtica historia del mundo desde su nacimiento hasta hace un año, ya que por alguna razón desconocida era imposible visualizar nada más reciente de un año.

Este otro juguete remató a la gente con aura dudosa, pero sin ningún cargo específico en su contra, porque policía, jueces y fiscales podían investigar cualquier delito a partir de un año de antigüedad.

¿Una gamberrada?, no hay problema, se denuncia y dentro de un año la policía sabrá quien ha sido. No importa lo disfrazado que fuera el autor, porque se le puede seguir marcha atrás o hacia delante hasta que se destape, o acuda a su domicilio.

También el invento tuvo repercusiones graves en la vida privada, por ejemplo: Mi pareja me dijo que había salido con sus amigas el fin de año pasado, pero volvió con un aura culpable, voy a ver qué hizo realmente.

En aquel tiempo la moral no tenía nada que ver con la de siglos pasados, ya que cualquier persona podía salir desnuda a su jardín o a pasear así por la calle, si hacía calor, sin que nadie se preocupara por ello, tampoco causaba escándalo el ver una pareja haciendo el amor en el césped de un parque.

Pero a pesar de ello, en principio se desató una ola de morbo, porque cualquiera podía ver que hacían los vecinos cuando estaban dentro de casa o comprobar si aquella chica tan guapa se masturbaba en la bañera, con lo cual era como si permanente estuvieran filmando a todo el mundo, ya no existía la intimidad.

Pero al cabo de un tiempo el fenómeno tuvo una fase de retroalimentación, porque a los “voyeurs” o chafarderos se les detectaba por el aura y al cabo de un año se les podía ver a ellos mismos fisgoneando a sus vecinos y conocidos y avergonzarles.

Así que, pasada la novedad, el asunto del morbo perdió interés de la misma forma que a finales del siglo veinte habían cerrado todas las salas de cine especializadas en pornografía.

Lo que no perdió interés en absoluto fue el pasado de la humanidad, principalmente, las visitas de extraterrestres a nuestro planeta, que en muchas ocasiones habían producido el nacimiento de las religiones. Eran como películas de ciencia ficción reales.

Además del interés del gran público, eran estudiadas con atención por los científicos que trataban de descubrir el tipo de ingeniería y propulsión de las naves, mientras que los lingüistas, ayudados por superordenadores, descifraban sus conversaciones y escritos.

Estos estudios, unidos al hecho de que ahora nadie podía ocultar ningún descubrimiento por codicia o interés, hicieron avanzar a la humanidad de forma exponencial alcanzando en poco tiempo niveles impensables.

En general, se comprobó que la mayor parte de civilizaciones extraterrestres llegadas a nuestro planeta, se habían limitado a su estudio sin interferir, o habían tratado de civilizar en la medida de lo posible a los salvajes que éramos en la antigüedad.

Solamente una de dichas intervenciones preocupó sobremanera a toda la humanidad, era la del tal Yahvé o Jehová.

Se trataba del comandante de una enorme nave, potentísimamente armada, que realizaba visitas periódicas a nuestro planeta, en intervalos de varios miles de años.

Si coincidía con alguna otra expedición extraterrestre, aunque fuera solo de carácter científico, los expulsaba violentamente ya que consideraba la Tierra y sus habitantes como algo de su propiedad, una especie de jardín que cultivaba y podaba a su capricho.

En la antigüedad más remota, había cruzado la raza de homínidos que más se parecían a sí mismo con su propia especie, creando un linaje de esclavos inteligentes para su solaz y diversión (nosotros), exterminando después sin compasión al resto de homínidos.

No contento con ello, escogió a un pueblo concreto y lo manejó a su capricho, masacrando a toda la población que se les oponía o simplemente le estorbaban en su camino.

Incluso dentro del propio pueblo escogido, exterminaba a cuantos no cumplieran sus caprichos, extendiendo su venganza no solo a los infractores, sino incluso a sus descendientes hasta la tercera generación.

La idea era aterradora: Ahora que la humanidad había alcanzado cotas de paz, progreso y bienestar inimaginables, resultaba que éramos propiedad de alguien, que dentro de quien sabe cuántos siglos volvería para matar a quienes le apeteciera y reducir al resto a puros títeres a su capricho.

Del temor se pasó a la ira. Que los pueblos bárbaros de la antigüedad se masacraran y esclavizaran, era comprensible debido a su incultura, pero que una civilización avanzada lo hiciera, era inadmisibile.

Una serie de consignas comenzaron a extenderse por la red: “No seremos un segundo Jericó”, “Tenemos una moral y leyes muy superiores a las tuyas, no aceptaremos que nos las impongas”.

No eran simples frases, sino que iban acompañadas de imágenes de las atrocidades que el pueblo de Israel cometió en su día por orden de Jehová.

Tanto los dirigentes y científicos como el pueblo llano estaban de acuerdo, no esperaríamos como borregos en el matadero. A pesar de que hacía más de un siglo que no se producía ningún conflicto bélico en el planeta, la investigación armamentística cobró un nuevo auge, solo que en esta ocasión no había secretos, todas las naciones cooperaban en la medida de lo posible, el objetivo, la defensa ante una invasión espacial.

Quinientos años más tarde, tomamos contacto de pleno derecho con otras civilizaciones extraterrestres de índole pacífica, ellos nos reconfirmaron lo que ya sabíamos.

También supimos que no éramos los únicos en esta situación, aquel déspota había ido sembrando una serie de planetas con razas humanoides, y se recreaba visitando los “jardines” de su propiedad, no permitiendo que nadie se inmiscuyera, afortunadamente el recorrido de sus fincas podía durar bastantes miles de años.

No obstante aprendimos un detalle esperanzador: En la misma forma que los tiburones no han evolucionado en cientos de millones de años porque han alcanzado una forma absolutamente eficiente y no precisan mejorar, mientras que otras especies deben hacerlo rápidamente para adaptarse y sobrevivir, la raza del tal Jehová hacía tiempo que se hallaba completamente estancada, ya que no necesitaban superarse en ningún ámbito.

Vivían ilimitadamente, nadie se les enfrentaba ya que eran la única raza de la galaxia altamente civilizada, pero de carácter belicoso, y se distraían manejando a placer los mundos de su propiedad.

Así nació una idea: Jehová era el tiburón, y nosotros debíamos ser la orca, que en cincuenta millones de años había pasado de ser un animal terrestre a la única especie marina capaz de enfrentarse con ventaja al más temible de los tiburones.

Nuestra rebelión se granjeó la simpatía de muchas razas alienígenas que compartieron generosamente con nosotros sus conocimientos científicos, los cuales aplicábamos de inmediato al terreno bélico.

En mil años más conocíamos perfectamente otras dimensiones y podíamos pasar a través de ellas. Nuestras naves alcanzaban una velocidad miles de veces superior a la de la luz, pero nuestro interés no se centraba en la exploración de nuevos mundos sino en el perfeccionamiento bélico.

Lo esperado ocurrió en el año diez mil trescientos quince. Detectamos aquella poderosa nave, de más de ochenta kilómetros de largo, mucho antes de que llegara al sistema solar, era temible pero anticuada con respecto a nuestra actual tecnología.

Nuestro temor y la colaboración de otros pueblos extraterrestres nos había hecho avanzar de forma exponencial a lo largo de ochenta siglos.

Pero lo que más nos ayudó fue el factor sorpresa, ni por asomo esperaban el comité de bienvenida que les aguardaba.

Su nave estaba preparada para resistir cualquier cosa, menos lo que les cayó encima.

Nuestra consigna era clara, ningún preaviso, ninguna advertencia, ninguna petición de armisticio, ataque directo con todo lo que teníamos.

Nos alegramos de haberlo hecho tan lejos de la tierra porque aquello semejó el estallido de una supernova. Nunca supimos con certeza la cifra de seres que perecieron en aquel instante, imaginamos que miles de ellos.

No nos sentíamos culpables, y si alguien tenía un atisbo de remordimiento, solo debía visualizar las matanzas entre los pueblos de la antigua Palestina para que se sobrepusiera de inmediato.

No satisfechos con ello dimos caza y desintegramos cualquier fragmento de la nave que tuviera un tamaño regular. Solamente una porción resistió todos los esfuerzos destructivos, era una esfera de unos cincuenta metros de diámetro, cuya superficie tenía una densidad atómica y estructura desconocidas, nada podía penetrar ni salir de ella.

Llegamos a la conclusión de que era un módulo vital donde suponíamos que hibernarían los principales líderes de aquella raza.

A pesar de nuestra avanzada tecnología, supuso un gran esfuerzo, remolcar aquel artefacto hasta situarlo en una órbita estable en torno a Júpiter.

En un tiempo récord construimos una estación espacial alrededor y nuestros científicos comenzaron a trabajar en la fórmula que permitiera abrirlo.

No lo conseguimos, pero curiosamente en un momento dado se abrió por sí mismo, las dos semiesferas que lo componían se integraron una en otra hasta encajarse en una sola.

Todos los que allí trabajaban eran voluntarios y sabían que podrían morir, no solo por lo que de allí pudiera surgir, sino porque la estación entera estaba preparada para detonar y convertirse en plasma si se interpretaba que aquello era una amenaza.

Pero no fue así, todo aquel conjunto estaba diseñado para que hibernara con total seguridad un solo hombre: “Jehová”.

Podía haber pasado por un humano corriente de raza aria, de no haber sido por su elevada estatura, superior a los tres metros y al hecho de que luciera seis dedos en manos y pies.

Teníamos la sospecha bien fundada de que aquel ser, aunque humano como nosotros, poseía capacidades telepáticas y telequinéticas enormes, y no nos equivocábamos, pero estábamos preparados.

En milisegundos unos minúsculos robots autónomos habían volado hacia él, aplicándole anestesia, más un casco reductor de la actividad cerebral, mientras otros complejos mecanismos le enfocaban con ondas paralizantes.

Aun así, nuestro propio equipo de mentalistas tuvo luchar ferozmente para que no consiguiera deshacerse de todo ello.

Al cabo de pocos minutos aquel ser estaba dominado, pero varios de los integrantes de nuestro equipo tuvieron que ser hospitalizados.

A partir de aquello, nuestros neurocirujanos trabajaron a fondo, no tuvimos el menor escrúpulo en neutralizarle o incluso extirparle todas aquellas áreas cerebrales potencialmente peligrosas, a partir de aquello, ya no podría efectuar “milagros” ni dominar mentalmente a las personas a su capricho.

Mientras todo esto sucedía, la estación espacial entera se movía en una órbita ligeramente descendente hacia Júpiter, a donde caería irremediablemente en el plazo de un año si no recibía remolque exterior, ya que por sí misma carecía de cualquier modo de propulsión.

Era nuestro último sistema de seguridad por si todo fallaba y aquel ser conseguía hacerse con el control, pero no fue así.

La siguiente fase fue obtener información de aquel individuo, no solo de su tecnología, sino de sus hechos e historia en las épocas en que no se encontraba en la Tierra, porque estos ya los conocíamos sobradamente.

Lo que averiguamos fue realmente sorprendente. Pertenecía a una raza muy avanzada que vivía pacíficamente sin ambiciones de expansión ni conquista.

Él fue un científico brillante y manipulador, consiguió convencer al gobierno de su planeta para construir algo que garantizara el futuro de su especie ante cualquier contingencia.

Se trataba de una enorme nave potentísimamente armada que pudiera enfrentarse a cualquier peligro exterior, interceptándolo antes de que llegara a su propio mundo.

Para tripularla seleccionó a los hombres más belicosos de todo el planeta, a los que estuvo adoctrinando hasta asegurarse que le seguirían como robots.

Cuando todo estuvo a punto, envió el ultimátum a su propio mundo: El gobierno global sería destituido y él asumiría el mando como dictador absoluto, de no aceptarse dichas condiciones destruiría toda la vida sobre la faz del planeta.

Realmente estaba en condiciones de hacerlo, porque la única arma ofensiva o defensiva que aquella raza pacífica había construido era justamente aquella nave que ahora les amenazaba.

El consejo de líderes se negó en redondo, jamás retrocederían hacia la barbarie que representaba una tiranía absoluta.

La verdad es que no pensaban que fuera capaz de aniquilar su propio planeta de origen, pero lo hizo.

Es curioso como a veces, el miedo a lo desconocido nos hace crear una amenaza aún mayor. La misma nave que debía protegerles es la que los destruyó.

De aquel suceso habían transcurrido ya tres millones de años, en los cuales se habían dedicado a buscar razas compatibles con su propia estructura genética, las cuales manipulaban física y mentalmente a su capricho.

Aquella civilización había descubierto hace tiempo la fórmula para no envejecer jamás, por tanto, no necesitaban reproducirse.

Aun así, cuando llegaban a un planeta con habitantes primitivos, se presentaban ante ellos como dioses, haciendo gala de su inmenso poder.

De esa forma conseguían que estos les proporcionaran lo que ellos no tenían: mujeres (1) para su disfrute y carne de animales cocinada a la brasa (2).

Cuando se hastiaban de un planeta marchaban en busca de otro, no sin antes proferir toda suerte de amenazas a sus aterrorizados habitantes.

De aquella forma trazaban su círculo alrededor de la galaxia que duraba miles de años.

En un momento dado, un importante grupo de militares bajo su mando se rebeló, cansados del aquel continuo peregrinar cometiendo atrocidades por todos los rincones del espacio.

Pero aquel movimiento fue aplastado y los rebeldes condenados a un destino peor que la muerte, confinados en un planeta absolutamente estéril pero dotados de recursos para vivir eternamente en la nada.

Cuando estuvimos convencidos de que aquel ser ya no representaba ningún peligro, estabilizamos la órbita de la estación, dejando allí un equipo de científicos que intentarían descubrir la estructura y funcionamiento de aquella esfera desconocida, y trasladamos al tal Jehová a la Tierra.

Nunca en la historia de nuestro mundo, un acontecimiento había sido seguido en directo por tantas personas como el juicio contra aquel personaje.

Hacía mucho que en el planeta ya no existían jueces, ni juicios, ni policías ni presidios, apenas un grupo de expertos que debatía las cuestiones que pudieran generar alguna polémica, por tanto, se reunió una docena de personas de reconocida inteligencia y objetividad que ejercerían de jueces y se habilitó como tribunal un antiquísimo y majestuoso edificio en desuso que se conservaba como monumento, curiosamente aquel edificio había sido una catedral católica.

El acusado se mantenía en pie en el centro de la nave rodeado de un campo de fuerza. Vestía una sencilla túnica blanca que le daba un cierto aire de representación bíblica, y en su semblante se podía adivinar la altanería y el desprecio hacia aquellos que consideraba criaturas inferiores.

En un plano más elevado se situaron los jueces del tribunal. La presidenta abrió la sesión sin grandes formalismos diciendo: “Nos encontramos aquí para juzgar al llamado Yahvé o Jehová por los hechos perpetrados por él en nuestro mundo, este tribunal no entrará a valorar los sucesos acaecidos en otros planetas. Se le acusa de falsedad, haciéndose pasar por dios ante las gentes sencillas, también de asesinato y de inducción a la masacre y al genocidio. ¿Cómo se declara el acusado?”.

Mientras estas palabras eran pronunciadas, en una pantalla tridimensional habían aparecido imágenes terroríficas de las matanzas perpetradas por el pueblo de Israel bajo las órdenes del supuesto Dios (3), e incluso de asesinatos directos cometidos por los soldados alienígenas a sus órdenes.

Se hizo un profundo silencio, no hacía falta ningún tipo de traducción porque hacía tiempo que aquel individuo se le había enseñado a la perfección el idioma planetario.

Aunque la ira y la soberbia emanaban por todos sus poros, se abstuvo de realizar ningún gesto ni afirmación ofensiva contra el tribunal, ya que sabía

que, en tal caso, el ordenador que controlaba el campo de fuerza le lanzaría una descarga extremadamente dolorosa.

Se limitó a mirar despectivamente a sus miembros y decir: “Yo soy el que es (4), mientras que vosotros solo estáis aquí de paso algunos años. Hace un millón de años, cuando no erais más que monos que acababan de bajar del árbol, yo ya estaba aquí controlando vuestra evolución, este planeta no os pertenece dado que era mío y yo os sembré en él para que podáis ensalzar mi gloria. Sois mi creación por eso puedo destruir a quienes de vosotros no seguís mis dictámenes. Por eso no solo no sois quienes para juzgarme, sino que debéis postraros ante mí y adorarme”.

La presidenta hizo una rápida consulta con los otros miembros del tribunal y seguidamente respondió: “Estás completamente ofuscado, una tierra no pertenece al explorador que la descubre, ni a quien la modifica con sus experimentos, sino a las familias que nacen, viven y mueren en ella. El hecho de que hayas manipulado genéticamente a mis antepasados para hacerlos semejantes a ti, no me hace menos humana que tú, sino por el contrario más, ya que soy incapaz de cometer las atrocidades que has realizado, ni te da ningún derecho sobre nosotros. Y en cuanto a que eres el que “es”... Ya no, ahora solo “estás”, igual que yo”.

El acusado palideció y con voz furiosa exclamó: “Si os atrevéis a matarme, mi sangre caerá por siempre sobre vuestras cabezas, porque mi espíritu...”.

La presidenta cortó su discurso: “Nadie va a matarte, aunque mereces mil muertes, yo te condeno a vivir confinado en este planeta, en el que tanto daño hiciste, el resto que te queda de vida, ya que sin el tratamiento que recibías en tu nave no vivirás otro millón de años”.

Por primera vez el convicto parecía realmente asustado, la idea de envejecer y degradarse lentamente hasta morir le parecía horrorosa. Con voz temblorosa dijo: “Pero no tiene por qué ser así, estáis muy adelantados y yo puedo dar a vuestros científicos las claves para que consigan la fórmula de la vida eterna”.

“¿La vida eterna para qué?, ¿Para ser monstruos antinaturales como tú?, ¿Para qué no necesitemos reproducirnos ya que viviremos eternamente, y no nazca gente con ideas nuevas que den un aire fresco a este mundo?. No voy a renunciar al placer de la maternidad, a verter en otro ser todo lo mejor de mí para conseguir que me supere, con los trescientos años de promedio que vivimos ahora ya tenemos suficiente”.

Jehová quedó en libertad, aunque permanente y discretamente vigilado.

A pesar de que tenía una existencia confortable, le faltaba lo principal, porque la gente rehuía su contacto.

Cuando al cabo de un siglo comenzó a notar los signos de la vejez se quitó la vida.

Tal como había solicitado en alguna ocasión, se le enterró en una sólida tumba de granito aislada, sin inscripción alguna.

Pero un tiempo después, una mano anónima grabó profundamente en ella una frase escrita por un filósofo hacía más de ocho mil años:

DIOS HA MUERTO
Nietzsche

Y nunca nadie se molestó en borrarlo.

Sin embargo, aquello no significó el exterminio de aquella raza. Con la información que habíamos obtenido de aquel ser, buscamos y localizamos a los “ángeles rebeldes”.

Se encontraban confinados en el interior de una enorme oquedad, excavada y sellada en el interior de un planeta yermo.

Un sistema de soporte vital, prácticamente eterno, les mantenía con vida, pero nada distraía sus días, únicamente la conversación de unos con otros.

Al cabo de miles de años de reclusión, muchos de ellos se habían suicidado, pero aún quedaban varios centenares. A pesar de su fortaleza psíquica, más de uno sufrió un trauma al verse libre, estaban convencidos de que su prisión sería para siempre.

A pesar de que estábamos muy agradecidos con ellos, por haberse rebelado contra las atrocidades que Jehová cometía en nuestro mundo, no les permitimos quedarse en nuestro planeta, la humanidad quería vivir en paz por sí misma, sin dioses ni demonios, sin tutelar ni ser tutelados.

Les instalamos con toda clase de medios en uno de los planetas que Jehová tenía como jardines de recreo, donde una raza de humanoides se encontraba apenas saliendo de la edad de piedra.

Allí podrían colaborar con sus conocimientos para que aquella gente evolucionara con mayor rapidez de la que lo habrían hecho estando solos.

También podrían encontrar mujeres con las que perpetuarse cuando se les acabaran las dosis de la droga que les proporcionaba vida eterna.

Solamente les impusimos una condición, y fue la prohibición total de presentarse a sí mismos como dioses frente aquellos humanos primitivos.

FIN...

(1): GÉNESIS 6-2: Entonces los hijos de Dios empezaron a observar a las hijas de los hombres, que ellas eran bien parecidas; y se pusieron a tomar esposas para sí.

(2): GENESIS 18-7: Entonces corrió Abraham a la vacada y procedió a tomar un toro joven, tierno y bueno, y a dárselo al servidor, y este fue apresurándose a aderezarlo. Entonces tomó mantequilla y leche y el toro joven que había aderezado y lo puso delante de ellos. Entonces el mismo se quedó de pie, al lado de ellos, debajo del árbol mientras ellos comían. (Ellos eran Jehová y dos ángeles).

(3): JOSUÉ 6-21: Y fueron dando todo lo que había en la ciudad, desde hombre a mujer, desde joven a anciano y hasta toro y oveja y asno, irrevocablemente a la destrucción a filo de espada.

JOSUÉ 11-11: Y se pusieron a herir a filo de espada a todas las almas que había en ella, dándolas irrevocablemente a la destrucción. No quedó cosa alguna que respirara, y quemó a Azor en el fuego.

(4): Jehová o Yahvé significa “el que es”.
